

WALTHER (paseándose muy agitado).—¡Cómo!
MAGDALENA (con sorpresa).—¿Estás loca, niña?
EVA (á Magdalena, aparte).—Ayúdame á conquistarle.

MAGDALENA.—¡Pero si ayer le ví por primera vez!

EVA.—Pues yo no; lo que me da pena es que le he visto ya en imagen; ¿no iba vestido como David?

MAGDALENA.—¿Cómo David? ¿estás loca?

EVA.—Sí, como David de la lámina.

MAGDALENA.—Querrás decir como el rey del arpa y la lengua barba, del escudo de los maestros.

EVA.—No, sino como aquel que mató á Goliat, la espada en el cinto, la honda en la mano, la cabellera rubia; el David de Dureró...

MAGDALENA (suspirando hondamente.) — ¡David! ¡David!

DAVID (que ha salido de su escondrijo con una regla en el cinturón y una cuerda en la mano). — ¡Aquí estoy! ¿quién llama?

MAGDALENA.—¡Ah! ¡qué desgracia! el pícaro nos ha encerrado. Mira. Si él lo supiese... nos ha encerrado completamente.

DAVID (con ternura á Magdalena).—¡Ah! sí; la he encerrado en mi corazón.

MAGDALENA. — ¡Qué fidelidad! Pero diga usted, ¿qué mascarada es esa?

DAVID.—Dios me libre de ellas, es una cosa muy seria... aquí me estoy arreglando el local para el certamen.

MAGDALENA.—¡Cómo! ¿habrá canto?

DAVID.—Y sólo un agraciado. Nombrarán maestro al aprendiz que en nada haya faltado á los estatutos y reglas del arte.

MAGDALENA. — Eso merecía aquel caballero. Vámonos.

WALTHER (dirigiéndose rápidamente á las mujeres.)
—Me permitirán que las acompañe hasta la casa del maestro Pogner?



MAGDALENA. — Aguárdelo usted; él vendrá aquí. ¿Quiere usted casarse con Eva? pues le favorece á usted el lugar y la ocasión. (Salen dos aprendices con bancos.) Ahora vámonos deprisa.

WALTHER. — ¿Pero qué he de hacer?

MAGDALENA. — David se lo dirá á usted. Oiga, David: cuide usted de este caballero; le guardaremos por ello algo de la cocina, y si el hidalgo llega á maestro, mañana podrá usted atreverse á más.

(Empuja á Eva.)

EVA (á Walther). — ¿Le veré á usted otra vez?

WALTHER (animado). — Esta misma tarde. ¡No sé de qué soy capaz; siento renacido mi corazón; nuevo es para mí todo desde ahora. Sólo sé, sólo ambiciono una cosa con todos mis sentidos: obtenerla á usted. Sino con la espada, cantando, ganando el premio: para usted mi hacienda, mi sangre, mi inspiración.

EVA (con mucha ternura). — Para usted mi alma.

MAGDALENA. — Vamos al punto á casa que luego todo sale mal.

DAVID (mirando á Walther de la cabeza á los pies). — (¿Tan pronto quiere ser éste maestro? mucho valor se necesita.)

MAGDALENA (tirando de Eva por entre el cortirón). — ¡Vamos!

(WALTHER se echa conmovido y pensativo en un sillón que habrá cerca. En esto entran algunos aprendices y arreglan los bancos y lo disponen todo para el certamen.)

APRENDIZ 1.º — ¿Qué haces por ahí, David?

APRENDIZ 2.º — Ayúdanos.

APRENDIZ 3.º — Ayúdanos á disponer el local.

DAVID. — Yo fui el primero en trabajar, ahora trabajad vosotros, que á mí no me da la gana.

APRENDIZ 2.º — ¡Qué satisfecho está de sí mismo!

APRENDIZ 3.º — ¡El modelo de los aprendices!

APRENDIZ 1.º — ¡Claro! como que su maestro es un zapatero.

APRENDIZ 3.º—Y hace versos mientras cose zapatos.

APRENDIZ 1.º—Los escribe sobre el cuero.

APRENDIZ 3.º (indicando con el gesto una paliza).—
¡Bueno sería curtirle el suyo! (Siguen riendo.)

DAVID (después de haber mirado al caballero pensativo y en alta voz).—Vamos; empezad.

WALTHER (alzando la mirada sorprendido).—¿Qué significa esto?

DAVID (más fuerte).—Empezad; así dirá el presidente; cante usted ahora... ¿no sabe usted esto?

WALTHER.—¿Quién es el presidente?

DAVID.—¿Cómo? ¿no sabe usted esto? ¿no ha asistido usted nunca á un certamen de canto?

WALTHER.—No, donde los jueces son artesanos.

DAVID.—¿Es usted poeta?

WALTHER.—Ojalá.

DAVID.—¿Entonces será usted cantor?

WALTHER.—Si yo lo supiese...

DAVID.—¿Entonces, escolar?

WALTHER.—No sé lo que es.

DAVID.—¿Y usted quiere ser maestro?

WALTHER.—¿Qué! ¿tan ¿tan difícil es?

DAVID.—¡Ah, Magdalena, Magdalena!

WALTHER.—¿Qué dice?

DAVID.—¡Ah Magdalena!

WALTHER.—Enséñeme usted; déme usted algún consejo.

DAVID.—Señor mío; en un día no se puede ser maestro en cantar. Ahí me tiene usted á mí, discípulo del más hábil en Nuremberg, Juan Sachs, y llevo ya un año de aprendizaje; aprendo á un tiempo la poesía y el arte de hacer zapatos; después de baticado bien el cuero empiezo á recitar vocales y consonantes y á encerar el hilo fino y recio; mientras manejo la ruda lezna me entero de lo que son versos, y así voy mezclando flores y espinas. Eso he logrado con aplicación y constancia, ¿y qué dirá usted que he sacado de todo?

WALTHER.—Hacer bien un par de zapatos.

DAVID.—Mucho trabajo se necesita para ello, que un par tiene muchas costuras, como un canto. ¡Quién pudiese encontrar la regla y la medida exacta! Después de esto viene el estribillo, que no ha de ser ni muy corto ni muy largo, ni contener palabra que se haya usado ya. Pues con todo, el que esto sabe no es todavía maestro.

WALTHER.—¡Válgame Dios! ¿Y he de ser zapatero por ventura? Enséñeme el arte de cantar...

DAVID.—¡Oh! ¡si yo hubiese llegado á ser cantor! ¡Quién dirá el trabajo que cuesta! ¡Quién pudiese conocer toda suerte de sonidos y melodías! El sonido breve, el llano, el largo, el tono del «papel», la melodía de «tinta negra, encarnada, azul y verde», la de «flor de romero», la de «caña de trigo, rosa sin espinas, amor olvidado, ruiseñor, estaño inglés, canela, limones frescos», etc., etc. (1).

WALTHER.—¡Justo cielo! ¡qué interminable escala!

DAVID.—Y advierta que esto son los nombres, pero ahora hay que aprender á ajustar la melodía conforme la cantan los maestros; hay que modular exactamente cada palabra, empezar en el tono convenido, respirar á tiempo, atender á que la palabra suene clara y vibrante, no trocar una sílaba por otra. Basta turbarse ó equivocarse una vez para perder el premio. A pesar de mi constancia no he alcanzado todavía tal perfección. Cuantas veces lo pruebo sin conseguirlo, el maestro me canta luego el aria del «tirapié»; si Magdalena no viene en mi ayuda, la de «pan y agua». Tome usted ejemplo y abandone su proyecto, que hay que ser antes cantor y poeta.

WALTHER.—¿Qué quiere decir poeta?

APRENDICES (mientras trabajan).—Vaya, á trabajar.

DAVID.—Venga acá y aguardé un momento. Si logra ser cantor y ajusta los sonidos á la letra, pro-

(1) Nombres raros y convencionales que daban los maestros cantores á ciertas melodías. Suprimimos algunos.

duciendo una melodía original, alcanzará usted el premio.

APRENDICES.—¡David! ¿Acabarás de charlar? nos quejaremos de eso al maestro...

DAVID.—Y yo no os ayudaré y va á ir todo mal...

WALTHER.—Una pregunta: ¿Quién será proclamado maestro?

DAVID.—El que invente á un tiempo la melodía y la letra.

WALTHER (animado).—Esta recompensa es mi único recurso. He de obtenerla, no hay más.

DAVID (que se ha vuelto hacia los aprendices).—¿Pero qué estáis haciendo? ¿hay por ventura lección de canto? ¿no sabéis que se trata sólo de un nombramiento?

(Los aprendices, que habían instalado en el escenario un entarimado grande, ponen en su lugar otro pequeño, una silla, un púlpito, un encerado, yeso, etc.; cubre el entarimado un cortinaje negro.)

APRENDICES (mientras trabajan).—Hay que convenir en que David es el más sabio, tiene ambición; seguramente para él será el premio; se figura ya ser un gran cantor. (Se ríen.) Canta perfectamente la melodía del «hambre» y la del «puntapié»..., las aprendió de su maestro.

DAVID.—Reíd, reíd; pues precisamente hoy no se trata de mí; otro se presentará al tribunal sin haber sido alumno ni cantor; pasa á poeta de un salto, y sin más formalidad se figura llegar á ser maestro. Conque, disponedlo bien todo. Esa pizarra cerca del juez (á Walther), ¡del juez! ¿Tenéis ya miedo? Tantos han perdido el premio con sólo verle... como que apunta todas las faltas; mucho cuidado, que el juez vigila; por lo demás, buena suerte. Quién sabe si ganaréis la guirnalda. ¡La guirnalda de seda fina será para el caballero!

APRENDICES (cogiéndose y bailando alrededor de la

tarima).—¡La guirnalda de seda fina será para el caballero!

(Habrán terminado el arreglo del local en la siguiente forma: á la derecha, bancos en semicírculo. En el extremo de los bancos, en el centro del escenario, la tarima; á la izquierda un sillón. La silla del cantor en frente de la asamblea. En el fondo y á lo largo de las grandes cortinas, un banco para los aprendices. Walther fastidiado por la mofa de los muchachos, se sienta en uno de los bancos delanteros. Pogner y Beckmesser salen hablando, de la sacristía. Llegan á poco otros maestros. Al verlos, los aprendices se retiran y aguardan respetuosamente junto al último banco. Sólo David se coloca á la entrada cerca de la sacristía.)

POGNER (á Beckmesser).—Puede usted contar conmigo, pues estoy decidido á protegerle. ¿Quién sino usted merece el premio? ¿Quién le hará la oposición?

BECKMESSER.—Pero no salgamos del punto que me trae verdaderamente pensativo. Si Eva anula la elección, ¿de qué me servirá mi calidad de maestro?

POGNER.—A mi entender eso no debe preocupar á usted; si no puede solicitarla?

BECKMESSER.—Precisamente por eso le ruego que hable á la niña en mi favor, y le diga que la he solicitado y que le convengo á usted.

POGNER.—Con mucho gusto.

BECKMESSER (aparte).—No quiere ceder, ¿cómo evitaré ese disgusto?

WALTHER (viendo á Pogner se levanta y va á su encuentro inclinándose profundamente).—Permítame usted, maestro...

POGNER.—... ¿Cómo, hidalgo, me busca usted aquí, en la escuela de canto? (Se saludan.)

BECKMESSER.—Si las mujeres la comprendiesen... pero el ruido les gusta más que toda la poesía.

WALTHER.—Precisamente este es el lugar, porque he de confesar á usted que sólo me ha traído á

Nuremberg el amor al arte. Lo que ayer olvidé decirles á ustedes hoy me atrevo á manifestarlo con toda franqueza. Quiero ser maestro. Quiero que ustedes me reciban en su gremio.

(En esto se han acercado otros maestros.)

POGNER (á los más próximos).—¡Amigo Nachtigall! amigo Vogelgesang! escuchad ¡caso más raro! este caballero, conocido mío, se ha dedicado al arte de cantor.

(Le saludan y felicitan.)

BECKMESSER.—(En fin; lo probaré y si no, procuraré obtener su corazón con alguna serenata. Veremos si será sensible á mis ruegos. (Se vuelve.) ¿Quién es ese hombre?)

POGNER (á Walther).—Crea usted que me alegro mucho. Me siento rejuvenecer...

BECKMESSER.—(¡Malo!)

POGNER (continuando).—En mi poder está conceder lo que usted desea.

BECKMESSER.—(¿Qué quiere éste aquí? ¡Qué alegre parece!)

POGNER (á Walther).—Como le ayudé en la venta de sus bienes, he de procurar que sea usted recibido en el gremio.

BECKMESSER.—(¡Ojo á este hombre, Sixto!)

WALTHER (á Pogner).—Mil gracias por tanta bondad. ¿Y puedo esperar que alcanzaré el título?

POGNER.—Esto, caballero, está sujeto á ciertos trámites; hoy se celebra una reunión, hablaré á mis compañeros y me escucharán sin duda favorablemente. (Van llegando los demás maestros, y al fin Hans Sachs.) Señores, ¿cómo vamos?

VOGELGESANG.—¿Estamos todos?

BECKMESSER.—Ahí viene Sachi.

NACHTIGALL.—A pasar lista.

KOTHNER (sacando la lista).—Han sido citados los maestros, cuyos nombres voy á leer. El último soy yo, Federico Kothner. ¿Veit Pogner?

POGNER (sentándose).—Presente.

KOTHNER.—Kunz Vogelgesang.

VOGELGESANG.—Está. (Se sienta).

KOTHNER.—¿Herman Ortel?

ORTEL.—Está. (Se sienta).

KOTHNER.—¿Baltasar Zorn?

ZORN.—Está. (Se sienta).

KOTHNER.—¿Conrado Nachtigall?

NACHTIGALL.—Nachtigall en persona. (Se sienta).

KOTHNER.—¿Agustín Moser?

MOSER.—Presente. (Se sienta).

KOTHNER.—¿Nicolás Vogel?... ¿No responde?

UN APRENDIZ (levantándose).—Está enfermo.

KOTHNER.—Que se alivie.

LOS DEMÁS.—Dios lo quiera.

EL APRENDIZ.—Muchas gracias. (Se sienta).

KOTHNER.—Hans Sachs.

DAVID (precipitadamente).—Aquí está.

SACHS (amenazándole).—¿Y á ti, quién te mete?...

Dispensadle, maestros... Presente. (Se sienta).

KOTHNER.—¿Sixto Beckmesser?

BECKMESSER.—Siempre cerca de Sachs, para medrar y florecer con su ayuda.

(Se sienta al lado de Sachs; éste se ríe.)

KOTHNER.—¿Ulrico Eisslinger?

EISSLINGER.—Aquí estoy. (Sentándose.)

KOTHNER.—¿Hans Folts?

FOLTS.—Presente. (Sentándose.)

KOTHNER.—¿Hans Schwarz?

SCHWARZ.—¡Por fin!... Dios lo quiso. (Siéntase.)

KOTHNER.—El número está completo. Vamos á empezar por la elección de juez.

VOGELGESANG.—Es preferible dejarlo para después de la fiesta.

BECKMESSER.—Si estos señores llevan prisa, estoy dispuesto á cederles mi sitio y cargo.

POGNER.—Dejemos eso ahora. Pido la palabra para un asunto muy grave.

(Los maestros se levantan y se sientan otra vez.)

KOTHNER.—El maestro Pogner tiene la palabra.

POGNER.—Oídme. Como ya sabéis, mañana cele-

bramos todos con juegos y bailes la hermosa fiesta de San Juan, y damos al olvido las penas, cada cual á su modo. Los mismos maestros abandonan la escuela, y salen alegremente al campo donde el pueblo escucha nuestras armonías. Luego, se celebra un certamen, y el canto que obtiene el premio es conocido y alabado en todo el país. Ahora bien; Dios me hizo rico, y como cada cual ofrece lo que tiene, mucho me ha dado qué pensar, qué premio podría ofrecer verdaderamente digno de mí. A menudo me ha lastimado oír en mis viajes por toda Alemania, que el ciudadano alemán suele ser avaro y reservado, atento sólo á atesorar, y sin que se le importe un camino que nosotros seamos los únicos en todo el imperio un poco aficionados al arte. Como esto, señores, nos honra y demuestra cuánto estimamos la belleza y la bondad, quiero dar de ello ejemplo al mundo. Sabed, pues, que yo, Veit Pogner Vuremberg, como aficionado al arte, ofrezco en premio al mejor cantor en el certamen de la fiesta de san Juan, á mi única hija Eva, con todo lo que poseo.

LOS MAESTROS (entusiasmados).—¡Esto es palabra! ¡Una palabra basta! Lo que acabáis de decir demuestra de lo que es capaz un ciudadano de Nuremberg. Por ello seréis llamado en todos los países el bravo ciudadano Veit Pogner.

LOS APRENDICES (saltando alegremente). — ¡Viva Pogner!

VOGELGESANG.—¡A quien no le gustaría ser soltero!

SACHS.—¡Si sería uno capaz de divorciarse!

NACHTIGALL.—¡Adelante, jóvenes!

POGNER.—Pero conste una cosa, señores. Como yo no prometo un premio inanimado, la niña forzosamente ha de tomar parte en nuestras decisiones. El premio confiere el título de maestro, pero como aquí se trata además de un matrimonio, la novia ha de dar su consentimiento.

BECKMESSER (á Kothner).—¿Considera usted prudente eso?

KOTHNER.—Si bien lo entiendo, en último lugar tenemos que someternos á la elección de la muchacha.

BECKMESSER.—Lo cual me parece peligroso.

KOTHNER.—¿Cómo será libre el fallo de los maestros?

BECKMESSER.—Lo mejor es que la muchacha elija el novio según le parezca, y sigamos dando el premio por oposición.

POGNER.—¡Cómo! Entendedme bien. Lo que yo quiero es que vosotros concedáis el premio, pero que la muchacha se reserve la libertad de elegir ó no por marido, al que lo alcanzare, en la inteligencia que no podrá elegir otro novio, como no sea maestro. En una palabra; sólo será su novio quien haya conseguido un premio.

SACHS.—Permítame usted. Me parece que en esto no va usted muy acertado. El corazón de una niña y el amor al arte del maestro no van por el mismo camino. La inteligencia inculca de la mujer corre parejas con la del pueblo. Si, en última instancia, dejáis la elección á la mujer y queréis honrar al arte, ¿por qué no dejársela también al pueblo, de acuerdo con la niña?

LOS MAESTROS (con inquietud, entre sí).—¡Oh, si esto fuese así, adiós arte, adiós armonía!

NACHTIGALL.—No, Sachs, no, esto sería un disparate; ¡dejar que el pueblo juzgue!

SACHS.—Comprendedme bien. Harto sabéis que no desconozco las reglas del arte, y yo mismo he sostenido varias veces el riguroso cumplimiento de «la tabladura», pero digo y repito que, una vez al año siquiera, no juzgaría inconveniente salir de la rutina y la costumbre, con tal que no perdiesen las reglas su fuerza y vitalidad. La intervención del pueblo daría sin duda por resultado la seguridad de que no nos alejamos del camino de la naturaleza.

(Los aprendices se frotan las manos.)

BECKMESSER.—¡Cómo se alegran los muchachos!

SACHS (continuando con animación).—No creo que nunca hubiera lugar á arrepentiros si, una vez al año siquiera, por la fiesta de san Juan, en vez de atraer al pueblo hacia vosotros, como soléis hacer, descendierais de vuestra altura de maestros para ir vosotros hacia él. ¿Qué nos proponemos? Agradar al pueblo. Pues bien; preguntémosle una vez siquiera, si le agradamos. Con esto el arte y el pueblo florecerían y crecerían de consumo. Esta es mi opinión.

VOGELGESANG.—No me parece desacertada.

KOTHNER.—A mí me parece lo contrario.

NACHTIGALL.—¿Y si habla el pueblo y me sella la boca?

KOTHNER.—El arte está amenazado de ignominia y decadencia no bien busca el aplauso del pueblo.

BECKMESSER.—Mucho hizo en este sentido, quien habla aquí tan recio; sus mejores obras son jácaras y coplas callejeras.

POGNER.—Amigo Sachs; lo que propongo ya es nuevo, y basta para esta vez. No es posible hacerlo todo de un golpe. Preguntad, pues, á los maestros, si les conviene el premio con la indicada condición.

(Los Maestros se levantan.)

SACHS.—Entonces, para mí basta que la niña se reserve el voto decisivo.

BECKMESSER.—(Ese zapatero me encocora.)

KOTHNER.—¿Y á quién se propone para la competencia? Habrá de ser soltero.

BECKMESSER.—O viudo también. Pregúntelo usted á Sachs.

SACHS.—Esto no, señor juez. Si la niña ha de conceder el premio, el aspirante ha de ser más joven que usted y que yo.

BECKMESSER.—¿También más joven que yo? Grosero.

KOTHNER.—El que desee concurrir que se presente. ¿Hay alguien que lo haya solicitado?

POGNER.—Si; os recomiendo á un joven caballero que desea ser admitido al concurso. Acérquese, señor Stolzing. (Walther se adelanta y saluda.)

BECKMESSER.—(Y lo sospechaba.) Vamos, maestros, que es tarde.

LOS MAESTROS (entre sí).—El caso es nuevo. ¡Cómo! ¡Un caballero! ¿Habrá peligro en admitirle?... Pero siempre las palabras del maestro Pogner son una garantía.

MOTHNER.—Para recibir al caballero con la formalidad debida, hay que examinarle bien antes.

POGNER.—En buen hora sea. No he de faltar á la regla.

KOTHNER.—Díganos primero el hidalgo si proviene de honrado y libre abolengo.

POGNER.—Esta pregunta es inútil, porque yo salgo garante de ello. Por cartas y documentos, respondo que este caballero es Walther Stolzing de Franconia, el último de su familia, quien se ha venido á Nuremberg á hacerse ciudadano.

BECKMESSER (al vecino).—Nobleza de nuevo cuño. ¡Mala yerba! Eso no va bien.

NACHTIGALL (en voz alta).—La palabra del amigo Pogner es buena garantía.

SACHS.—De mucho tiempo acá, los maestros han dejado de distinguir entre nobles y plebeyos. Aquí se trata sólo del arte.

KOTHNER.—Pues paso á preguntarle. ¿Cuál ha sido su maestro de usted?

WALTHER.—Cuando vivía en mi tranquilo hogar, encerrado en el castillo que rodeaba la nieve, me dió mi maestro, como herencia de un antepasado, un libro que hablaba de la sonrisa de la primavera y su próxima resurrección. Este maestro se llamaba Walther de Vogelweide.

SACHS.—¡Gran maestro!

BECKMESSER.—Pero si murió hace tiempo; ¿cómo pudo enseñarle el arte?

KOTHNER.—Díganos usted la escuela á que pertenece.

WALTHER.—Cuando llegaba el deshielo, y se templaba el aire, sentía resonar en los bosques y en la pradera de los pájaros lo que aquel libro me había enseñado; allí aprendí á cantar.

BECKMESSER.—Según esto los verderones y jilgueros le dieron lecciones de canto; no es gran cosa.

VOLGELGESANG.—Pues de aquí se sacan bonitos versos.

BECKMESSER.—¡Cómo!... ¡Usted le aprueba que su maestro haya sido un pájaro!

KOTHNER.—¿Qué os parece?... ¿Debo continuar examinándole?

SACHS.—¡Ya veremos!... Si prueba que sabe cantar, ¿qué importa dónde lo aprendió?

KOTHNER.—Caballero; si usted se considera lo bastante instruído en el arte y quiere entrar en el gremio, componga una composición original, letra y música; pruébelo ahora mismo.

WALTHER.—Cuánto me enseñó el libro, de la noche de invierno, con su belleza, del bosque y las selvas, con su pompa, del trotar de los caballos de guerra, y las vueltas de la regocijada danza; cuánto me hacen sentir para expresarlo en un canto, esto he de reunir en una sola obra.

BECKMESSER.—Observan ustedes, ¡qué énfasis!

VOLGELGESANG.—¡Cómo se atreve!

NACHTIGALL.—¡Caso extraño!

KOTHNER.—Vamos á ver; elija usted un asunto sagrado.

WALTHER.—Lo sagrado para mí es el impulso del amor; ¡mi esperanza!... ¡mi alivio!

KOTHNER.—Esto no basta... ¡Maestro Beckmesser váis á encerraros!

BECKMESSER (levantándose y dirigiéndose al encerrado).—¡Ingrato cargo el mío! algún disgusto me va á costar. Caballero: Sixto Beckmesser será su

juez y va á cumplir su deber junto al encerado, donde apuntará cada falta; si pasan estas de siete, habrá usted perdido. Prometo escuchar á usted con toda atención, más para que no pierda usted ánimo y no se distraiga, me esconderé. ¡Mucha suerte!

(Se esconde detrás de la tarima con cortinajes, después de haber saludado á Walther, medio por cortesía y medio por chanza, y corre la cortina.)

KOTHNER (descolgando de la pared una tablilla, que contiene las «Leges tabulaturæ»).—Ahí tiene usted lo que debe servirle de norma. (Leyendo.) «La letra de cada canto de maestro debe ofrecer un conjunto regular y armónico, compuesto de diversas estrofas, sin la menor incorrección.—La estrofa consiste en dos versos con el mismo ritmo y consonante.—La estrofa final se compondrá de varios versos con ritmo diferente de los anteriores.—Así debe estar compuesta la obra.—El autor de un nuevo canto, que no contenga más de cuatro sílabas de las que figuran en otros, éste ganará el premio.» Ahora siéntese usted en la silla del cantor.

WALTHER.—¿En esta silla?

KOTHNER.—Esta es la costumbre de la escuela.

WALTHER (sentándose, contrariado). — ¡Por mi amor lo hago!

KOTHNER (en alta voz).—El cantor está ya sentado.

BECKMESSER (desde su escondite con voz chillona).—Empiece ya.

WALTHER (pausa).—¡Empiece ya!... «Así decía la primavera á través de las selvas; repitiólo el eco con fuerza y extendióse el grito en torno, y sonó luego un ruido, que fué creciendo, como murmullo de muchas voces que resonaban en el bosque, muy suaves y gratas, y como nota dominante se acercaban. Semejante al sonido de las campanas, se oye la alegre multitud, á cuyo llamamiento contesta el bosque, renacido á nueva vida; su canto es el canto